

Martin Luther King

TENGO
UN SUEÑO
Y OTROS TEXTOS

Prólogo de Roberto Ochoa

Clásicos de la resistencia civil

La colección *Clásicos de la resistencia civil* expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

EJEMPLAR GRATUITO

CLÁSICOS DE LA RESISTENCIA CIVIL

**Tengo un sueño
y otros textos**

**Universidad Autónoma del
Estado de Morelos**

Dr. Alejandro Vera Jiménez
Rector

Dr. José Antonio Gómez Espinosa
Secretario General

Javier Sicilia
Secretario de Extensión

Francisco Rebolledo
Director de Difusión Cultural

MARTIN LUTHER KING

Tengo un sueño y otros textos

Prólogo de Roberto Ochoa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

King, Martin Luther, Jr., 1929-1968

Tengo un sueño y otros textos / Martin Luther King ;
prólogo de Roberto Ochoa. - - México : Universidad Autónoma
del Estado de Morelos, 2014.

59 p. - (Clásicos de la resistencia civil; 6)

ISBN 978-607-8332-45-8 Colección

ISBN 978-607-8332-76-2 Obra

1. Afroamericanos - Derechos civiles 2. Movimientos por
los derechos civiles - Estados Unidos - Historia - Siglo XX 3.
No violencia

LCC E185.97.K5

DC 323.092

TENGO UN SUEÑO
de Martin Luther King

De la colección
Clásicos de la resistencia civil

D.R. © 2014, Prólogo de Roberto Ochoa

D.R. © 2014, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa
Cuernavaca, Morelos, 62210, México

Colección dirigida por Francisco Rebolledo
Dirección de Difusión Cultural
Secretaría de Extensión de la UAEM

Cuidado editorial: Roberto Abad
Diseño: Araceli Vázquez Mancilla

ISBN: 978-607-8332-45-8 Colección *Clásicos de la resistencia civil*
ISBN: 978-607-8332-76-2

Reservados los derechos de impresión/Impreso en México

Contenido

Prólogo	11
Tengo un sueño	21
Carta desde la cárcel de Birmingham	27
Peregrinación a la no-violencia	49
Capítulo I	51
Capítulo II	54
Capítulo III	57

Prólogo

Prólogo

EN ESTE TIEMPO DE MEDIOS de comunicación masiva, cuando una acción puede reproducirse hasta el infinito en una multiplicidad de imágenes y enviarse al instante frente a la mirada de un espectador al otro lado del globo, la revolución verdadera y posible no es, ya, la de Castro y el Che, que fue la última de su época, sino la de Martin Luther King.

En esta edición de *Clásicos de la resistencia civil* se presenta uno de los discursos más hermosos y memorables en la historia de la humanidad, ése que Martin Luther King Jr. pronunciara el 28 de agosto de 1963 desde las escalinatas del monumento a Lincoln. *I have a dream* (“Tengo un sueño”) es el discurso por el que más ampliamente ha sido reconocido este imponente líder del movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, pues no sólo es de extraordinaria belleza, tanto en su factura como en la manera en que se pronunció, sino que se dio en el momento cumbre de la lucha, al final de la marcha a Washington, con la que prácticamente se selló el triunfo y que se concretaría menos de un año después con la firma de la *Civil Rights Act*.

Pero más allá de la belleza de ese texto, que nuevamente ponemos a consideración del público, lo que nos interesa desentrañar son las fibras internas de una lucha exitosa, todavía muy reciente en términos históricos, y que se valió de la no-violencia como su método principal de acción. Es por ello que en esta edición hemos decidido agregar la *Carta desde la cárcel de Birmingham*, escrita apenas cuatro meses antes del discurso en Washington, dirigida a ocho clérigos blancos de Alabama que habían cuestionado sus acciones, y *Peregrinación a la no-violencia*, dos textos que junto con dicho discurso, nos permiten ir

más a fondo en el conocimiento de las ideas que Martin Luther King profesaba sobre la resistencia civil no-violenta.

Se ha mencionado que *I have a dream* muestra una visión rosa de la vida, y de ahí que se haya percibido como endulcorada la lucha de Luther King, como una lucha poco radical. Sin embargo, esta percepción distorsiona la historia y nos aleja del auténtico talante combativo que el líder de la lucha por los derechos civiles imprimió en todas sus acciones, talante que lo llevó incluso hasta el martirio.

En México, para los múltiples movimientos sociales que buscan reivindicaciones de la justicia, el testimonio y la vida de Luther King debieran servir de enseñanza fundamental. El trauma de nuestra relación con los Estados Unidos, debido a su expansionismo militar, político, económico y cultural, nos ha mantenido demasiado distantes de lo mejor que su pueblo ha dado. Seguramente por eso los movimientos sociales en México han ignorado a Luther King y todo lo que se puede aprender de él.

Además, por nuestra propia historia y modo de ser, respondemos más a los íconos que a las ideas, por lo que la figura siempre vestida de traje de Luther King genera una barrera inicial en los movimientos en lucha, pues frente a las imágenes de Villa y Zapata, Luther King nos parece más un burgués que un hombre en combate. Por las razones que sean, el hecho es que en México no ha sido referente de lucha. Hemos perdido mucho, nosotros y nuestras causas.

En parte, eso es lo que intentamos remediar con la publicación de estos textos de King, aunque sabemos que no será suficiente. Lo que aspiramos es que nuestros jóvenes empiecen a conocerlo, lean sus textos y se familiaricen con él. Su inspiración será de gran valor para los movimientos sociales que tratan de subvertir el régimen económico, político, social y cultural que tanto atenta en nuestros días en contra de la naturaleza y del tejido social de los pueblos.

Frente a la percepción de que Luther King enarbolaba una visión rosa de la vida, hay que recordar la dureza de sus palabras en contra de la complacencia de las clases acomodadas y en contra del gradualismo reformista de los moderados. Esas palabras las encontramos en los tres textos que aquí presentamos. En *I have a dream*, cuando la insurrección del movimiento por los derechos

civiles está en la cúspide, habla explícitamente de la “urgencia impetuosa del ahora”, y de que no hay lugar para gradualismos. Más ampliamente, en *Carta desde la cárcel de Birmingham*, cuestiona fuertemente la actitud de los blancos moderados y les achaca que, en realidad, la segregación racial no descansa tanto en la hostilidad racial, sino en la indiferencia de los blancos moderados “que anteponen el orden a la justicia; que prefieren una paz negativa que supone ausencia de tensión, a una paz positiva que entraña presencia de la justicia”, y llama a sus interlocutores a abandonar “las oscuras mazmorras de la complacencia” para pasar a las “luminosas colinas de la protesta creadora”, pues “es un hecho histórico incontrovertible que los grupos privilegiados prescindieron muy rara vez espontáneamente de sus privilegios”; el esclavo ha de conquistar la libertad combatiendo por ella.

Pero además, la lucha de Martin Luther King está íntimamente vinculada con una de las principales causas de los movimientos sociales en el México de hoy: la lucha por la paz y la justicia en medio de una camaleónica guerra contra el narcotráfico.

La trágica historia de muertos y desaparecidos a causa de la guerra contra el narco en México, tiene su correlato al norte del Río Bravo en la reconfiguración de un nuevo régimen de segregación racial. En los últimos años, Michelle Alexander ha documentado cómo la guerra contra las drogas dentro de los Estados Unidos no es otra cosa que el nuevo Jim Crow¹, es decir, la nueva estructura jurídica e institucional que impone restricciones en el espacio público y una ciudadanía de segunda para los negros y los latinos. El encarcelamiento masivo y el control judicial de los ex convictos está revirtiendo, a inicios del siglo XXI, el triunfo del movimiento por los derechos civiles de los años sesenta. La narrativa que enfatiza la muerte de la esclavitud y de Jim Crow y celebra, con la elección de Barack Obama, el triunfo de los Estados Unidos sobre la raza, está peligrosamente desorientada, dice Alexander. El discurso triunfalista de que Estados Unidos por fin es una sociedad racialmente igualitaria está ocultando la “pesadilla de los derechos humanos (que) ocurre bajo nuestros ojos”².

¹ Michelle Alexander, *The New Jim Crow, Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*, The New Press, New York, 2010.

² *Ibid.*, p. 15.

La guerra contra las drogas ha provocado que al interior de los Estados Unidos se desarrolle una impresionante industria del control del crimen y de encarcelamiento masivo. Si México es el cuarto país del mundo que más encarcela, con 20.7 presos por millón de habitantes, y Rusia es el segundo lugar con 49.3 presos por millón, los Estados Unidos tienen la enorme cantidad de 71.6 presos por millón de habitantes³. Por su parte, el argumento de Michelle Alexander se prueba con el hecho de que “más de la mitad de los hombres negros jóvenes, en cualquiera de las grandes ciudades americanas, está actualmente bajo el control del sistema de justicia criminal (o endilgados con antecedentes criminales)”⁴. No es sólo que la sociedad no les esté proporcionando a los afroamericanos la oportunidad de ascender en la escala social, debido a las condiciones de pobreza en que asisten a la escuela, sino que además están siendo nuevamente borrados en sus derechos civiles directamente por la vía legal. El nuevo sistema de control del crimen, que tiene como pretexto la guerra contra las drogas,

“permanentemente encierra a un gran porcentaje de la comunidad afroamericana fuera del *mainstream* social y económico (...) Como Jim Crow (y como la esclavitud), el encarcelamiento masivo opera como un estrecho sistema interrelacionado de leyes, políticas, costumbres e instituciones que funcionan colectivamente para asegurar un estatus subordinado de un grupo definido ampliamente por la raza”⁵.

De esta manera, lo que Estados Unidos expande como militarización hacia fuera de sus fronteras, lo imponen hacia adentro como sistema masivo de persecución criminal a los estratos más bajos de la sociedad, compuestos principalmente por negros y latinos. Militarización y segregación racial son dos caras de una misma moneda, lo que Luther King vio cada vez más claro, sobre todo durante los últimos tres años de su vida en que se opuso abiertamente a la guerra en Vietnam, al tiempo que atendía las rebeliones urbanas de los negros. Estas dos acciones, tan decisivas

³Nils Christie, “El umbral del dolor”, en *Letras libres*, marzo 2013, pp. 10-16.

⁴Michelle Alexander *op. cit.*, p. 16.

⁵*Ibid.*, p. 13.

vas, fueron las que seguramente llevaron a su asesinato. Por lo que a nosotros toca, en un México que padece la militarización, así como también un sistema de segregación de las clases populares, nos resulta más urgente que nunca abreviar su sabiduría.

Pero su gran enseñanza no está sólo en el sentido de sus luchas, sino también en el método empleado para llevarlas adelante.

La longeva activista norteamericana de origen chino, Grace Lee Boggs, describe muy bien el carácter revolucionario de Luther King en su más reciente libro, *The Next American Revolution*, en el que le dedica un capítulo entero a él y a Malcolm X para colocarlos a ambos como referentes de las revoluciones por venir. King fue un auténtico revolucionario porque más allá de la lucha contra el racismo, su más alta preocupación, como bien lo dice Lee Boggs, era la de cómo transformar y cómo gobernar a la sociedad estadounidense en su conjunto. Eso es lo que da el contenido de grandeza, más allá de la majestuosa pieza de oratoria, al discurso pronunciado en Washington y que llena de sentido a la expresión *I have a dream*. Al leerlo, o al escucharlo, la emoción invade porque sus palabras transforman la realidad que tocan y la conducen hacia el horizonte de la justicia, ésa que no puede ser sólo para algunos si no es al mismo tiempo para todos. “Los remolinos de la rebelión –exclama a los pies de la estatua de Abraham Lincoln– continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que surja el esplendoroso día de la justicia”. Por eso no sólo esas palabras tocaron el corazón de los negros, sino también de los blancos que terminaron por comprender que la libertad de los negros conllevaba la suya propia y que “la injusticia, en cualquier parte que se cometa, constituye una amenaza para la justicia en todas partes”.

Pero como dijimos arriba, hay que aprender también del método, porque el análisis de la relación entre medios y fines es fundamental para comprender esta nueva vía de lucha revolucionaria.

“El boicot de autobuses en Montgomery⁶, me di cuenta, –dice Grace Lee Boggs– fue la primera lucha de un pueblo oprimi-

⁶Ésta fue la primera acción de resistencia civil encabezada por Martin Luther King en el año de 1955.

do en la civilización occidental basada en la concepción de una transformación de dos caras, tanto de nosotros mismos como de nuestras instituciones (...) Usaron métodos que ejercitaban su poder espiritual, siempre llevando en mente que su meta no era sólo la eliminación de la segregación racial en los camiones, sino también la construcción de la ‘comunidad amada’ (de la que tanto hablaba Luther King). De esta manera, inspiraron la identidad humana, antigüerrera y ecológica de los movimientos por venir⁷.

Los tres escritos que aquí presentamos, *I have a dream*, *Carta desde la cárcel de Birmingham* y *Peregrinación a la no-violencia*, son abundantes en referencias a ese método de lucha no-violenta aprendido por Luther King de Gandhi, que se basa en el principio de que los medios de que nos valemos tienen que ser tan puros como las metas que nos proponemos alcanzar. En *I have a dream*, el autor expresa que “debemos evitar cometer actos injustos en el proceso de obtener el lugar que por derecho nos corresponde”. Mientras que en la *Carta* es mucho más explícito, incluso respecto de las fases que toda campaña noviolenta debe de seguir. Propone tres pasos previos antes de pasar a la acción directa: primero, la reunión de los datos necesarios para determinar si existen las injusticias, luego la negociación, después la autopurificación, y, sólo entonces, la acción directa.

En particular, me parece fundamental hacer referencia al tercero de los pasos previos a la acción directa, el de la autopurificación, pues es frente al que los mismos activistas, por obvias razones, presentan más resistencia, y desearían saltarse, para ir directo hacia la acción. Pero es también la etapa de preparación que, si se hace bien, más frutos puede redituarse. De lo que se trata, como bien lo explica en la *Carta*, es de volverse capaces de presentar el propio cuerpo como “instrumento de exposición (...) ante la conciencia de la comunidad local y nacional”. Los cuerpos maltratados de los activistas serán captados por los medios de comunicación, incluso de ser posible en el mismo momento de la agresión y la imagen dará la vuelta al mundo. Las simpas-

⁷ Grace Lee Boggs, *The Next American Revolution: Sustainable Activism for the Twenty-First Century*, University of California Press, 2011, p. 90.

tías de la opinión pública se decantarán en favor de quien resiste y no de quien agrede. Pero hay que estar bien dispuestos a atravesar la prueba del sufrimiento que todo ello implica. Por eso, quienes se preparaban para las acciones se preguntaban reiteradas veces: “¿Sabrás aceptar los golpes sin devolverlos? ¿Sabrás prevalecer en la prueba del encarcelamiento?”

Que quede muy claro, en el llamado a la desobediencia de las leyes injustas Luther King no preconiza la anarquía. Muy al contrario, al igual que lo hizo Sócrates al beber de la cicuta, dice que la ley debe cumplirse aun cuando sea sobre mi propia carne, y si la sanción resulta finalmente injusta, entonces lo que tiene que cambiar es la ley. Por eso, dice en la *Carta*, quien quebranta una ley injusta “tiene que estar dispuesto a aceptar la consiguiente sanción”, sabiendo a su vez, como lo pregona en su discurso de Washington, que “el sufrimiento que no es merecido es emancipador”.

La forma de lucha que puso en marcha consiste entonces, fundamentalmente, en no devolver la violencia física que se emplea en contra de nosotros, soportando el sufrimiento, enraizados en una fuerza espiritual que se adquiere solamente mediante la autodisciplina. Por eso, como pastor bautista que era, abrevaba también de las fuentes de la Iglesia primitiva, que había mostrado la fuerza que se adquiere al estar dispuesto a entregarse y sufrir por las más altas convicciones.

Sólo después de la autopurificación puede florecer el momento de la acción directa, ese estado de tensión provocado deliberadamente para hacer estallar una crisis que coloque a las fuerzas oprimidas en un nuevo lugar de negociación. La tensión provocada por la no-violencia está destinada no a la destrucción del adversario sino, a partir de la negociación de acuerdos, a poner los cimientos de una nueva institucionalidad basada en la justicia.

En esto consiste el carácter revolucionario de la no-violencia, tal como Martin Luther King lo puso en práctica durante la década de los sesenta. Pero esa revolución estaba todavía en proceso de elaboración cuando una bala atravesó su garganta el 4 de abril de 1968, sólo un mes antes de que estallara la revolución del mayo francés. Con esa bala se truncó un proceso que, según lo apunta Michelle Alexander, tendrá pronto que retomarse ante las constantes violaciones a los derechos civiles que la gue-

rra contra el narcotráfico está ocasionando en estas primeras décadas del siglo XXI. La idea de que el *mainstream* militarista en América Latina y segregacionista en los Estados Unidos pueda ser modificado mediante el litigio de casos particulares y una política de reformas graduales, le parece a Alexander una ingenuidad. “Aun cuando esas estrategias tuvieron su lugar, el Acta de los Derechos Civiles de 1964 y su concomitante cambio cultural nunca hubieran ocurrido sin el cultivo de una crítica conciencia política (...) y el extendido activismo estratégico que emanó de ella”⁸.

Los manuales de operación sobre las revoluciones en ciernes, si se puede hablar de algo así, tienen que tomar en cuenta estos tres textos que hoy ponemos en manos del lector. El trabajo interior que se realiza al leerlos es el primer paso en la construcción de sujetos capaces de levantar los movimientos sociales que tanto hacen falta para salir del pasmo civilizatorio en que nos encontramos.

⁸ Michelle Alexander, *op. cit.*, p. 15

**Tengo
un sueño**

Tengo un sueño

ESTOY ORGULLOSO DE reunirme con ustedes hoy, en la que será ante la historia la mayor manifestación por la libertad en la historia de nuestro país.

Hace cien años, un gran estadounidense, cuya simbólica sombra nos cobija hoy, firmó la Proclamación de emancipación. Este trascendental decreto fue como un gran rayo de luz y de esperanza para millones de esclavos negros, chamuscados en las llamas de una marchita injusticia. Llegó como un precioso amanecer al final de una larga noche de cautiverio. Pero cien años después, el negro aún no es libre; cien años después, la vida del negro es aún tristemente lacerada por las esposas de la segregación y las cadenas de la discriminación; cien años después, el negro vive en una isla solitaria en medio de un inmenso océano de prosperidad material; cien años después, el negro todavía languidece en las esquinas de la sociedad estadounidense y se encuentra desterrado en su propia tierra.

Por eso, hoy hemos venido aquí a dramatizar una condición vergonzosa. En cierto sentido, hemos venido a la capital de nuestro país a cobrar un cheque. Cuando los arquitectos de nuestra república escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, firmaron un pagaré del que todo estadounidense habría de ser heredero. Este documento era la promesa de que a todos los hombres les serían garantizados los inalienables derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Es obvio hoy en día, que Estados Unidos ha incumplido ese pagaré en lo que concierne a sus ciudadanos negros. En lugar de honrar esta sagrada obligación, Estados Unidos ha dado a

los negros un cheque sin fondos; un cheque que ha sido devuelto con el sello de "fondos insuficientes". Pero nos rehusamos a creer que el Banco de la Justicia haya quebrado. Rehusamos creer que no haya suficientes fondos en las grandes bóvedas de la oportunidad de este país. Por eso hemos venido a cobrar este cheque; el cheque que nos colmará de las riquezas de la libertad y de la seguridad de justicia.

También hemos venido a este lugar sagrado, para recordar a Estados Unidos de América la urgencia impetuosa del ahora. Éste no es el momento de tener el lujo de enfriarse o de tomar tranquilizantes de gradualismo. Ahora es el momento de hacer realidad las promesas de democracia. Ahora es el momento de salir del oscuro y desolado valle de la segregación hacia el camino soleado de la justicia racial. Ahora es el momento de hacer de la justicia una realidad para todos los hijos de Dios. Ahora es el momento de sacar a nuestro país de las arenas movedizas de la injusticia racial hacia la roca sólida de la hermandad.

Sería fatal para la nación pasar por alto la urgencia del momento y no darle la importancia a la decisión de los negros. Este verano, ardiente por el legítimo descontento de los negros, no pasará hasta que no haya un otoño vigorizante de libertad e igualdad.

1963 no es un fin, sino el principio. Y quienes tenían la esperanza de que los negros necesitaban desahogarse para sentirse contentos, tendrán un rudo despertar si el país retorna a lo mismo de siempre. No habrá ni descanso ni tranquilidad en Estados Unidos hasta que a los negros se les garanticen sus derechos de ciudadanía. Los remolinos de la rebelión continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que surja el esplendoroso día de la justicia. Pero hay algo que debo decir a mi gente que aguarda en el cálido umbral que conduce al palacio de la justicia. Debemos evitar cometer actos injustos en el proceso de obtener el lugar que por derecho nos corresponde. No busquemos satisfacer nuestra sed de libertad bebiendo de la copa de la amargura y el odio. Debemos conducir para siempre nuestra lucha por el camino elevado de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra protesta creativa degenera en violencia física. Una y otra vez debemos elevarnos a las majestuosas alturas donde se encuen-

tre la fuerza física con la fuerza del alma. La maravillosa nueva militancia que ha envuelto a la comunidad negra, no debe conducirnos a la desconfianza de toda la gente blanca, porque muchos de nuestros hermanos blancos, como lo evidencia su presencia aquí hoy, han llegado a comprender que su destino está unido al nuestro y su libertad está inherentemente ligada a la nuestra. No podemos caminar solos. Y al hablar, debemos hacer la promesa de marchar siempre hacia adelante. No podemos volver atrás.

Hay quienes preguntan a los partidarios de los derechos civiles: “¿Cuándo quedarán satisfechos?”

Nunca podremos quedar satisfechos mientras que las personas negras sean víctimas de horrores indescritibles de la brutalidad de la policía, mientras que nuestros cuerpos, fatigados de tanto viajar, no puedan alojarse en los moteles de las carreteras y en los hoteles de las ciudades. No podremos quedar satisfechos, mientras los negros sólo podamos trasladarnos de un barrio pequeño a un barrio más grande. Nunca podremos quedar satisfechos, mientras un negro de Mississippi no pueda votar y un negro de Nueva York considere que no hay por qué votar. No, no; no estamos satisfechos y no quedaremos satisfechos hasta que “la justicia ruede como el agua y la rectitud como una poderosa corriente”.

Sé que algunos de ustedes han venido hasta aquí debido a grandes pruebas y tribulaciones. Algunos han llegado recién salidos de celdas angostas. Algunos de ustedes han llegado de sitios donde en su búsqueda de la libertad, han sido golpeados por las tormentas de la persecución y derribados por los vientos de la brutalidad policíaca. Ustedes son los veteranos del sufrimiento creativo. Continúen trabajando con la convicción de que el sufrimiento que no es merecido, es emancipador.

Regresen a Misisipí, regresen a Alabama, regresen a Georgia, regresen a Louisiana, regresen a los barrios bajos y a los guetos de nuestras ciudades del norte, sabiendo que de alguna manera esta situación puede y será cambiada. No nos revolquemos en el valle de la desesperanza.

Hoy les digo a ustedes, amigos míos, que a pesar de las dificultades del momento: yo aún tengo un sueño. Es un sueño profundamente arraigado en el sueño “americano”.

Sueño que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: “Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales”.

Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, se puedan sentar juntos a la mesa de la hermandad.

Sueño que un día, incluso el estado de Misisipí, un estado que se sofoca con el calor de la injusticia y de la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia.

Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país en el cual no serán juzgados por el color de su piel, sino por los rasgos de su personalidad.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que un día, el estado de Alabama cuyo gobernador escupe frases de interposición entre las razas y anulación de los negros, se convierta en un sitio donde los niños y niñas negras, puedan unir sus manos con las de los niños y niñas blancas y caminar unidos, como hermanos y hermanas.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que algún día los valles serán cumbres, y las colinas y montañas serán llanos, los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados, y la gloria de Dios será revelada, y se unirá todo el género humano.

Ésta es nuestra esperanza. Ésta es la fe con la cual regreso al sur. Con esta fe podremos esculpir de la montaña de la desesperanza una piedra de esperanza. Con esta fe podremos transformar el sonido discordante de nuestra nación, en una hermosa sinfonía de fraternidad. Con esta fe podremos trabajar juntos, rezar juntos, luchar juntos, ir a la cárcel juntos, defender la libertad juntos, sabiendo que algún día seremos libres.

Ése será el día cuando todos los hijos de Dios podrán cantar el himno con un nuevo significado, “Mi país es tuyo. Dulce tierra de libertad, a ti te canto. Tierra de libertad donde mis antecesores murieron, tierra orgullo de los peregrinos, de cada costado de la montaña, que repique la libertad”. Y si Estados Unidos ha de ser grande, esto tendrá que hacerse realidad.

Por eso, ¡que repique la libertad desde la cúspide de los montes prodigiosos de Nueva Hampshire! ¡Que repique la libertad desde las poderosas montañas de Nueva York! ¡Que repique la

libertad desde las alturas de las Alleghenies de Pennsylvania! ¡Que repique la libertad desde las Rocosas cubiertas de nieve en Colorado! ¡Que repique la libertad desde las sinuosas pendientes de California! Pero no sólo eso: ¡Que resuene la libertad desde la Montaña de Piedra de Georgia! ¡Que resuene la libertad desde la Montaña Lookout de Tennessee! ¡Que resuene la libertad desde cada pequeña colina y montaña de Missisipi! “De cada costado de la montaña, que resuene la libertad”.

Cuando resuene la libertad y la dejemos resonar en cada aldea y en cada caserío, en cada estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día en que todos los hijos de Dios, negros y blancos, judíos y cristianos, protestantes y católicos, puedan unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro: “¡Libres al fin! ¡Libres al fin! Gracias a Dios omnipotente, ¡somos libres al fin!”

Carta desde la cárcel de Birmingham

MIS QUERIDOS SACERDOTES y compañeros:

Mientras me hallo recluso aquí, en la cárcel de la ciudad de Birmingham, me llegó su reciente declaración calificando mis actividades presentes de “poco hábiles e inoportunas”. Son pocas las veces en que me detengo a contestar las críticas formuladas contra mi trabajo e ideas. Si tratara de contestar a todas las críticas que pasan por mi mesa de trabajo, mis secretarios tendrían poco tiempo disponible para cualquier otra cosa en el curso del día, y a mí no me quedaría ni un instante para realizar una tarea constructiva. Pero como creo que son hombres de intenciones fundamentalmente buenas, y que sus críticas han sido formuladas sinceramente, quiero intentar responder a su declaración con unas pocas palabras que espero sean pacientes y razonables.

Creo que debiera indicarles por qué estoy aquí, en Birmingham, puesto que parecen influidos por la opinión que anatematiza a los “forasteros que se inmiscuyen en los asuntos ajenos”. Tengo el honor de ser presidente de la *Southern Christian Leadership Conference*, una organización que actúa en todos los estados del sur, con su cuartel general en Atlanta (Georgia). Tenemos en todo el sur unas 85 organizaciones afiliadas, y una de ellas es el *Alabama Christian Movement for Human Rights*. Compartimos a menudo nuestra dirección y nuestros recursos tanto educativos como financieros con nuestras filiales. Hace varios meses, la filial de aquí, de Birmingham, nos pidió que estuviéramos dispuestos a emprender un programa de acción directa no violenta si ello resultaba necesario. Consentimos enseguida y, cuando llegó la hora, cumplimos nuestra promesa. Por eso, yo, y conmigo varios de mis colaboradores de la dirección,

estamos aquí, por habérsenos invitado a que viniésemos. Estoy aquí porque tengo vínculos de organización.

Pero, lo que es más importante: estoy en Birmingham porque también está aquí la injusticia. Así como los profetas del siglo VIII antes de Cristo abandonaban sus pueblos y difundían su mensaje divino muy lejos de los límites de las ciudades originarias; así como el apóstol Pablo dejó su pueblo de Tarso y difundió el Evangelio de Cristo hasta los lugares más remotos del mundo grecorromano, así me veo yo también obligado a difundir el Evangelio de la Libertad más allá de los muros de mi ciudad de origen. Lo mismo que Pablo, tengo que responder sin dilación a la petición de ayuda de los macedonios. Y, lo que es más, soy consciente de la interrelación existente entre todas las comunidades y los estados. No puedo permanecer con los brazos cruzados en Atlanta sin sentirme afectado por lo que en Birmingham acontece. La injusticia, en cualquier parte que se cometa, constituye una amenaza para la justicia en todas partes. Nos encontramos cogidos dentro de las ineludibles redes de la reciprocidad, uncidos al mismo carro del destino. Cualquier cosa que afecte a uno de nosotros directamente, nos afecta a todos indirectamente. Nunca más podremos permitirnos el lujo de aferrarnos a la idea estrecha, provinciana de “agitador forastero”. Quienquiera que viva dentro de las fronteras de los Estados Unidos tiene derecho a que no se le vuelva a considerar nunca más forastero en el territorio de la nación.

Deploran las manifestaciones que ahora tienen lugar en Birmingham. Pero su declaración, siento decirlo, hace caso omiso de las condiciones que dieron lugar a estas manifestaciones. Estoy seguro de que ninguno de ustedes quiere limitarse a esa clase de análisis social superficial que no se ocupa más que de los efectos, sin detenerse a aprehender las causas subyacentes. Es una pena que las manifestaciones tengan lugar en Birmingham, pero es todavía más lamentable que la estructura del poder blanco de la ciudad no dejase a la comunidad negra otra salida que ésta.

Toda campaña no-violenta tiene cuatro fases básicas: primero la reunión de los datos necesarios para determinar si existen las injusticias; luego la negociación; después la autopurificación; y, por último, la acción directa. Hemos pasado en Birmin-

gham por todas estas fases. No cabe discutir el hecho de que la injusticia racial embarga a esta comunidad. Birmingham es probablemente la ciudad más drásticamente segregada de toda Norteamérica. Su horrenda lista de violaciones es conocida por todos. Los negros han sufrido de modo flagrante un trato injusto por parte de los tribunales; en Birmingham, ha habido más destrucciones que en cualquier otra ciudad de la nación, de domicilios e iglesias a consecuencia de bombas, que han quedado sin resolver. Éstos son los hechos, duros, palmarios, determinantes de la situación. Con estas condiciones de base, los líderes negros trataron de negociar con los prohombres de la ciudad. Pero éstos se negaron una y otra vez a entablar negociaciones de buena fe.

Entonces, el pasado septiembre se presentó la oportunidad de hablar con los representantes de la comunidad económica de Birmingham. Durante las negociaciones, los comerciantes formularon ciertas promesas, entre ellas la de suprimir los humillantes símbolos raciales de los almacenes.

Apoyándose en estas promesas, el reverendo Fred Shuttlesworth y los líderes del *Alabama Christian Movement for Human Rights* concedieron una tregua en todas las manifestaciones. Pasaron las semanas y los meses, y comprobamos que éramos víctimas de un perjurio. Unos cuantos emblemas, tras haber sido suprimidos por un tiempo, volvieron a surgir; el resto permanecieron donde estaban.

Como en tantos otros casos, se habían defraudado nuestras esperanzas y se apoderó de nosotros la sensación de un profundo desaliento. No teníamos más salida que la de prepararnos para la acción directa, en la que presentaríamos nuestros propios cuerpos como instrumentos de exposición de nuestro caso ante la conciencia de la comunidad local y nacional. A sabiendas de las dificultades existentes, decidimos emprender un proceso de autopurificación. Dimos comienzo a la creación de toda una serie de seminarios para aleccionar sobre la no-violencia, y nos preguntamos reiteradas veces: ¿sabrás aceptar los golpes sin devolverlos? ¿Sabrás prevalecer en la prueba del encarcelamiento? Decidimos lanzar nuestro programa de acción directa en la temporada de Semana Santa, porque sabíamos que, excepto la Navidad, éste era el periodo principal de compras durante el año. Conscientes de que un programa enérgico de boicot

económico sería la consecuencia de la acción directa, pensamos que este sería el mejor momento para poner en marcha la presión que pensábamos ejercer sobre los comerciantes para provocar el cambio necesario.

Entonces caímos en la cuenta de que los comicios para la elección de alcalde en Birmingham estaban señalados para el mes de marzo, y decidimos rápidamente posponer la acción hasta el día siguiente de las elecciones. Cuando descubrimos que el responsable de orden público, Eugene "Bull" Connor había reunido votos bastantes para presentarse al desempate, nuevamente decidimos posponer la acción hasta el día siguiente al de los comicios finales, para que no se utilizaran las manifestaciones con el fin de velar los problemas reales que se debatían. Como muchos otros, esperábamos asistir a la derrota del señor Connor, y para ello nos acordamos retrasar una y otra vez la fecha de nuestra acción. Después de haber auxiliado a la comunidad en esta necesidad, creímos que ya no se podía demorar más nuestro programa de acción directa.

Se preguntarán: "¿Por qué acción directa?, ¿por qué plantones, marchas y demás?, ¿acaso no es mejor el camino de la negociación?" Tienen razón al abogar por la negociación. De hecho, eso es lo que realmente propone la acción directa. La acción directa no-violenta trata de crear una crisis tal, y de originar tal tensión, que una comunidad que se ha negado constantemente a negociar se ve obligada a hacer frente a este problema. Trata de dramatizar tanto la cuestión, que ya no puede ser desconocida bajo ningún concepto. Podrá parecer raro que yo cite la creación de un estado de tensión como parte del trabajo que incumbe al resistente no-violento. Pero tengo que confesar que no me asusta la palabra "tensión". No he dejado nunca de oponerme a la tensión violenta, pero existe una clase de tensión no-violenta constructiva, necesaria para el crecimiento. Así como Sócrates creía que era necesario crear una tensión en la mente para que los individuos superasen su dependencia respecto de los mitos y de las semiverdades hasta ingresar en el recinto libre del análisis creador y de la evaluación objetiva, así también, hemos de comprender la necesidad de "tábanos" no-violentos creadores de una tensión social que sirva de acicate para que los hombres superen las oscuras profundidades del prejuicio

y del racismo, elevándose hasta las alturas mayestáticas de la comprensión y de la fraternidad.

La meta de nuestro programa de acción directa radica en crear una situación tan pletórica de crisis que desemboque inevitablemente en la salida negociadora. Me uno, pues, a ustedes en su apología de la negociación. Nuestro querido sur ha permanecido demasiado tiempo encerrado en un trágico esfuerzo de vivir monologando en vez de dialogar.

Uno de los puntos básicos de su declaración es que la acción que yo y mis colaboradores hemos emprendido en Birmingham es inoportuna. Han preguntado algunos: “¿Por qué no han dado a la nueva administración urbana tiempo para obrar?” La única contestación que se me ocurre para esta pregunta es que la nueva administración de Birmingham tiene que ser tan zarandeada como la anterior, si se quiere que obre. Estamos profundamente equivocados si creemos que la elección de Albert Boutwell para el cargo de alcalde convertirá los sueños en realidad en Birmingham. Pese a que el señor Boutwell sea una persona mucho más pacífica que el señor Connor, ambos son segregacionistas, empeñados en el mantenimiento del *status quo*. Espero que el señor Boutwell sea lo bastante razonable como para percatarse de la insignificancia de una resistencia denodada a la integración. Pero no lo verá sin la presión de los partidarios incondicionales de los defensores de los derechos civiles.

Amigos míos, tengo que decirles que no nos hemos apuntado ni un solo tanto en materia de derechos civiles sin una empecinada presión legal y no-violenta. Desgraciadamente, es un hecho histórico incontrovertible que los grupos privilegiados prescinden muy rara vez, espontáneamente, de sus privilegios. Los individuos podrán ver la luz de la moral y abandonar voluntariamente una postura injusta; pero, como nos recordara Reinhold Niebuhr, los grupos tienden a comportarse más inhumanalemente que los individuos.

Sabemos por una dolorosa experiencia que la libertad nunca la concede voluntariamente el opresor. Tiene que ser exigida por el oprimido. A decir verdad, todavía estoy por empezar una campaña de acción directa que sea “oportuna” ante los ojos de los que no han padecido considerablemente la enfermedad de la segregación. Hace años que estoy oyendo esa palabra.

“¡Espera!”, suena en el oído de cada negro con penetrante familiaridad. Este “espera” ha significado casi siempre “nunca”. Tenemos que convenir con uno de nuestros juristas más eminentes en que “una justicia demorada durante demasiado tiempo equivale a una justicia denegada”.

Hemos aguardado más de trescientos cuarenta años para usar nuestros derechos constitucionales y otorgados por Dios. Las naciones de Asia y de África se dirigen a velocidad supersónica a la conquista de su independencia política; pero nosotros estamos todavía arrastrándonos por un camino de herradura que nos llevará a la conquista de un tazón de café en el mostrador de los almacenes. Es posible que resulte fácil decir “espera” para quienes nunca sintieron en su cuerpo los acerados dardos de la segregación. Pero cuando se ha visto cómo muchedumbres enfurecidas linchaban a su antojo a madres y padres, y ahogaban a hermanas y hermanos por puro capricho; cuando se ha visto cómo policías rebosantes de odio insultaban a los nuestros, cómo maltrataban e incluso mataban a nuestros hermanos y hermanas negros; cuando se ve a la gran mayoría de nuestros veinte millones de hermanos negros asfixiarse en la mazmorra sin aire de la pobreza, en medio de una sociedad opulenta; cuando, de pronto, se queda uno con la lengua torcida, cuando balbucea al tratar de explicar a su hija de seis años por qué no puede ir al parque público de atracciones recién anunciado en la televisión, y ver cómo se le saltan las lágrimas cuando se le dice que el “País de las Maravillas” está vedado a los niños de color, y cuando observa cómo los ominosos nubarrones de la inferioridad empiezan a enturbiar su pequeño cielo mental, y cómo empieza a deformar su personalidad dando cauce a un inconsciente resentimiento hacia los blancos; cuando se tiene que amañar una contestación para el hijo de cinco años que pregunta: “Papá ¿por qué tratan tan mal los blancos a la gente de color?”; cuando se sale a dar una vuelta por el campo en coche y se ve uno obligado a dormir noche tras noche en algún rincón incómodo del propio automóvil porque no están abiertas las puertas de ningún hotel para uno; cuando se le humilla a diario con los símbolos punzantes de “blanco” y “colored”; cuando el nombre de uno pasa a ser “negrazo” y el segundo nombre se torna “muchacho” (cualquiera que sea la edad que se tenga), volviéndose su apelli-

do “John” en tanto que a su mujer y a su madre se les niega un trato de “señora”; cuando se es hostigado de día y se siente obsesionado durante la noche por el hecho de ser un negro, viviendo en perpetua tensión sin saber nunca a qué atenerse, y rebosando temores internos y resentimientos exteriores; cuando se está luchando continuamente contra una sensación degeneradora de despersonalización, entonces, y sólo entonces se comprende por qué nos parece tan difícil aguardar. Llega un momento en que se colma la copa de la resignación. Estoy seguro, señores, que comprenderán nuestra legítima e ineludible impaciencia.

Expresan una profunda ansiedad en torno a nuestra decisión de quebrantar las leyes si es preciso. No cabe duda de que su preocupación es legítima. Como pedimos con tanta diligencia a nuestro pueblo que obedeciese a la decisión del Tribunal Supremo que declaraba ilegal la segregación en las escuelas oficiales, podrá parecer paradójico, de buenas a primeras, nuestra desobediencia consciente de las leyes. Podrán preguntar: “¿Cómo pueden ustedes defender la desobediencia de unas leyes y el acatamiento de otras?” La contestación debe buscarse en el hecho de que existen dos clases de leyes: las leyes justas y las injustas. Yo sería el primero en defender la necesidad de obedecer los mandamientos Justos. Se tiene una responsabilidad moral además de legal en lo que hace al acatamiento de las normas justas. Y, a la vez, se tiene la responsabilidad moral de desobedecer normas injustas. Estoy de acuerdo con San Agustín en que “una ley injusta no es tal ley”.

Pero, ¿cuál es la diferencia entre ambas clases de leyes? ¿Cómo se sabe si una ley es justa o no lo es? Una ley justa es un mandato formulado por el hombre que cuadra con la ley moral o la ley de Dios. Una ley injusta es una norma en conflicto con la ley moral. Para decirlo con palabras de Santo Tomás de Aquino: “Una ley injusta es una ley humana que no tiene su origen en la ley eterna y en el derecho natural. Toda norma que enaltece la personalidad humana es justa; toda norma que degrada la personalidad humana es injusta”. Todos los mandatos legales segregacionistas son injustos, porque la segregación deforma el alma y perjudica la personalidad; da al que segrega una falsa sensación de superioridad y al segregado una sensación de inferioridad también falsa. La segregación, para valernos de la terminolo-

gía del filósofo judío Martín Buber, sustituye la relación “yo-tú” por una relación “yo-ello”, y acaba relegando a las personas a la condición de cosas. Por eso, la segregación es, además de inadecuada política, económica y sociológicamente, moralmente equivocada y pecaminosa. Dijo Paul Tilich que “pecado es separación”. ¿Acaso no es la segregación una manifestación existencial de la trágica separación del hombre, su aislamiento horrible, su tremenda condición de pecador? Por eso precisamente puedo pedir a los hombres que cumplan la decisión de 1954 del Tribunal Supremo, por ser moralmente recta; y por eso puedo instarles a que desobedezcan las ordenanzas segregacionistas, por ser éstas moralmente equivocadas.

Consideremos un ejemplo más concreto de normas justas e injustas. Una ley injusta es una norma por la que un grupo numéricamente superior o más fuerte obliga a obedecer a una minoría pero sin que rija para él. Esto equivale a la legalización de la diferencia. Por el mismo procedimiento, resulta que una ley justa es una norma por la que una mayoría obliga a una minoría a obedecer lo que esta mande, quedando a la vez vinculada al texto normativo. Esto equivale a la legalización de la semejanza.

Permítaseme dar otra explicación. Una ley es injusta si es impuesta a una minoría que, al denegársele el derecho a votar, no participó en la elaboración ni en la aprobación de la ley. ¿Quién podrá decir que la legislación de Alabama de la que emanaron las leyes del estado sobre la segregación fue elegida democráticamente? Por todo Alabama se utilizan toda suerte de métodos sutiles encaminados a evitar que los negros pasen a figurar en los censos electorales; y hay condados en que, por más que los negros constituyan una mayoría de la población, no consta ni un solo negro en las listas. ¿Puede decirse que una ley promulgada en tales circunstancias está estructurada democráticamente?

Algunas veces una ley es justa por su texto e injusta en su aplicación. Por ejemplo, se me arrestó por manifestarme sin permiso. Ahora bien; nada hay de malo en que exista una ordenanza que exige un permiso para manifestarse. Pero esta norma se vuelve injusta cuando es puesta al servicio de la segregación, denegando a los ciudadanos el derecho de reunión y protesta pacíficas concedido por la primera enmienda.

Espero que sepan percatarse de la diferencia que trato de mostrarles. Bajo ningún concepto preconizo la desobediencia ni el desafío a la ley, como haría el segregacionista rabioso. Esto nos llevaría a la anarquía. El que quebranta una ley injusta tiene que hacerlo abiertamente, con amor y dispuesto a aceptar la consiguiente sanción. Opino que un individuo que quebranta una ley injusta para su conciencia, y que acepta de buen grado la pena de prisión con tal de despertar la conciencia de la injusticia en la comunidad que la padece, está de hecho manifestando el más eminente respeto por el derecho.

Naturalmente, no hay ninguna novedad en esta clase de desobediencia civil. La encontramos, en una de sus manifestaciones sublimes, en la negativa de Shadrach, Meshach y Abednego a obedecer las órdenes de Nabucodonosor, en aras a la ley moral superior. La practicaron de modo soberbio los cristianos primitivos, que estaban dispuestos a enfrentarse con leones hambrientos, con el dolor insoportable de la tortura antes que someterse a ciertas leyes injustas del Imperio Romano. Hasta cierto punto, la libertad académica es actualmente una realidad porque Sócrates practicó la desobediencia civil. En nuestra nación, el *Boston Tea Party*¹ fue un acto colectivo de desobediencia civil.

No hemos de olvidar jamás que todo cuanto hicieron los húngaros que luchaban por la libertad se reputaba “ilegal” en Hungría. “Ilegal” era ayudar y consolar a un judío en la Alemania de Hitler. Aún así, estoy seguro de que, si hubiera vivido entonces en Alemania, hubiese ayudado y consolado a mis hermanos judíos. Si actualmente viviese en un país comunista donde han sido suprimidos ciertos principios inherentes a la fe cristiana, abogaríá abiertamente por la desobediencia a las leyes antirreligiosas del país.

Tengo que confesarles honradamente dos cosas, hermanos míos cristianos y judíos; tengo que confesar, primero, que en los últimos años he quedado profundamente desencantado del blanco moderado. Casi he llegado a la triste conclusión de que

¹ *Boston Tea Party*, concentración de ciudadanos de Boston, el 16 de diciembre de 1773, para proteger las decisiones contrarias a la importación adoptadas por la colonia, quienes echaron por la borda el cargamento de té que se hallaba en tres buques ingleses recién llegados.

la rueda de molino que lleva amarrada el negro y que traba su tránsito hacia la libertad, no proviene del miembro del Consejo de Ciudadanos Blancos, o del Ku-Klux-Klan, sino del blanco moderado que antepone el "orden" a la justicia; que prefiere una paz negativa que supone ausencia de tensión, a una paz positiva que entraña presencia de la justicia; quien dice continuamente: "Estoy de acuerdo con el objetivo que usted se propone, pero no puedo aprobar sus métodos de acción directa"; que cree muy paternalmente que puede fijar un plazo a la libertad del prójimo; quien vive de un concepto mítico del tiempo y aconseja al negro que aguarde a que llegue "un momento más oportuno". La comprensión superficial de los hombres de buena voluntad es más demoledora que la absoluta incompreensión de los hombres de mala voluntad. Resulta mucho más desconcertante la aceptación tibia que el rechazo sin matices.

Esperé que el blanco moderado comprendiera que la ley y el orden existen para la elaboración de la justicia, y que, cuando fracasan en este empeño, se convierten en unas trabas peligrosamente estructuradas que impiden el fluir del progreso social. Esperé que el blanco moderado comprendiera que la actual tensión en el sur es una fase necesaria para la transición desde una odiosa paz negativa en la que el negro aceptaba pasivamente su carga injusta, a una paz distinta, real y positiva, en la que todos los hombres respetaran la dignidad y el valor de la personalidad humana. De hecho, los que seguíamos la senda de la acción directa no violenta no somos quienes creamos la tensión. Nos limitamos a traer a la superficie la tensión oculta que se hallaba en estado latente desde mucho antes. La sacamos a la luz, porque así se la puede ver y actuar en consecuencia. Lo mismo que un tumor que no se puede curar mientras siga oculto, y que debe abrirse en todo su horror a los remedios naturales del aire y de la luz, la injusticia tiene que exponerse, con toda la tensión que esta exposición crea, a la luz de la conciencia humana y al aire de la opinión nacional si es que existe el deseo de subsanarla.

Afirman ustedes en su declaración que nuestras acciones, aunque pacíficas, tienen que ser condenadas porque conducen a la violencia. ¿Pero es ésta una aseveración lógica? ¿No es ello lo mismo que condenar a un hombre víctima del hurto porque el

hecho de haber poseído dinero determinó la pecaminosa acción de robarle? ¿Acaso no es como si se condenara a Sócrates porque su absoluta entrega a la verdad y sus investigaciones filosóficas causaron la actitud del populacho mal aconsejado que le condenó a beber la cicuta? ¿No les parece que esto equivale a condenar a Jesucristo porque su incomparable ciencia divina y su incesante acatamiento de la voluntad de Dios precipitó aquella pecaminosa crucifixión? Hay que reconocer que, como han venido afirmando una y otra vez los tribunales federales, no está bien pedir a un individuo que abandone sus esfuerzos por conquistar sus derechos constitucionales básicos sencillamente porque esta petición pueda determinar la violencia. La sociedad tiene que proteger al robado y castigar al ladrón.

También esperé que el blanco moderado abandonara ese mito acerca del momento oportuno para librar la batalla por la libertad. Acabo de recibir una carta de un hermano blanco de Texas. Escribe:

“Cualquier cosa que afecte a uno de nosotros directamente, nos afecta a todos indirectamente. Una ley injusta es una ley humana que no tiene su origen en la ley eterna y en el derecho natural. Toda norma que enaltece la personalidad humana es justa; toda norma que degrada la personalidad humana es injusta.

Una ley es injusta si es impuesta a una minoría que, al denegársele el derecho a votar, no participó en la elaboración ni en la aprobación de la ley”.

Esta actitud procede de un trágico error en cuanto a lo que es el tiempo, de una noción curiosamente irracional a cuyo tenor hay, en el devenir del tiempo mismo, algo que inevitablemente cura todos los males. De hecho, el tiempo en sí es neutro; puede ser utilizado para la destrucción lo mismo que para construir.

Se me ocurre cada vez más que los hombres de mala voluntad se han valido del tiempo con una eficacia muy superior a la demostrada al respecto por los hombres de buena voluntad. Tendremos que arrepentimos en esta generación no sólo por las acciones y palabras hijas del odio de los hombres malos, sino

también por el inconcebible silencio atribuible a los hombres buenos. El progreso humano nunca discurre por la vía de lo inevitable, es fruto de los esfuerzos incansables de hombres dispuestos a trabajar con Dios; y si suprimimos este esfuerzo denodado, el tiempo se convierte de por sí en aliado de las fuerzas del estancamiento social. Tenemos que utilizar el tiempo de modo creador, conscientes de que siempre es oportuno obrar rectamente. En este momento es hora de convertir en realidad palpable la promesa de democracia y de transformar nuestra indecisa elegía nacional en un salmo de hermandad creadora. En este momento es hora de sacar nuestra política nacional de las arenas movedizas de la injusticia racial para plantarla sobre la firme roca de la dignidad humana.

Tildan ustedes nuestra actividad en Birmingham de extremada. Al principio quedé algo desconcertado por pensar que unos sacerdotes colegas míos pudiesen ver en mis esfuerzos no violentos la actuación de un extremista. Me puse a pensar acerca del hecho de que me encuentro situado en el centro de dos fuerzas opuestas de la comunidad negra. A un lado está la fuerza de la complacencia, compuesta, en parte, de negros que, tras largos años de opresión, han quedado tan faltos de todo sentido de la propia dignidad, tan despersonalizados, que se han adaptado a la segregación; y, en parte, de un puñado de negros de clase media que, debido a cierto grado de seguridad académica o económica, y porque, hasta cierto punto, sacan provecho de la segregación, se han desentendido de los problemas de las masas. La otra fuerza viene animada por el rencor y el odio, y se acerca peligrosamente a la defensa de la violencia. Un caso similar son los varios grupos nacionalistas negros que brotan por toda la nación, el más conocido y más numeroso de los cuales es el movimiento musulmán de Elijah Mohamed. Nutrido por la frustración del negro, hijo de la permanencia de la discriminación racial, este movimiento se compone de gente que ha perdido su fe en los Estados Unidos, que ha repudiado definitivamente el cristianismo y que ha llegado a la conclusión de que el blanco es un “demonio” incorregible.

He tratado de mantenerme entre estas dos fuerzas, afirmando que no tenemos necesidad de imitar el inmovilismo

de los complacientes ni el odio y la desesperación de los nacionalistas negros. Y es que ésta es la mejor forma de protesta amorosa y no-violenta. Agradezco a Dios que haya hecho, por el conducto de la Iglesia negra, que la senda de la no-violencia pasa a formar parte integrante de nuestro plan de lucha.

Si esta filosofía no hubiese surgido, estoy convencido de que actualmente muchas de las calles del sur norteamericano estarían inundadas de sangre. Y estoy, además, convencido de que si nuestros hermanos blancos califican de “demagogos” y de “agitadores forasteros” a aquéllos de entre nosotros que se valen de la acción directa no-violenta, y si se niegan a apoyar nuestros esfuerzos no-violentos, millones de negros, presa de la desesperación y de la frustración, buscarían refugio y albergue en las ideologías nacionalistas negras, lo cual, de suceder, conduciría inevitablemente a una aterradora pesadilla racial.

Los hombres oprimidos no pueden serlo de por vida. El anhelo de libertad acaba por manifestarse abiertamente, y esto es lo que ha ocurrido con el negro estadounidense. Hay algo dentro de él que le ha recordado que nacía con el derecho a la libertad; y algo, otra cosa fuera de él, le ha recordado que esta libertad podía ser conquistada. Consciente o inconscientemente, se ha dejado embargar por el *Zeitgeist*, y el negro norteamericano, unido a sus hermanos negros de África y a sus hermanos amarillos y cobrizos de Asia, América del Sur y el Caribe, marcha impregnado por un ansia que no puede esperar, hacia la tierra prometida de la justicia racial. Si se reconoce esta necesidad vital que se ha apoderado de la comunidad negra, se tiene que comprender inmediatamente el porqué de las manifestaciones públicas actuales. El negro lleva dentro de sí muchos resentimientos concentrados y muchas frustraciones latentes, y tiene que liberarlos. Así que déjesele marchar; déjesele participar en procesiones en dirección al ayuntamiento; déjesele participar en los “viajes de la Libertad”, e inténtese comprender por qué siente la necesidad de hacerlo. Si sus emociones reprimidas no encuentran escape en actuaciones no-violentas, buscarán una manifestación violenta. Con ello no formulo una amenaza; me limito a recordar enseñanzas de la historia, por eso no he dicho a mi pueblo: “Aban-

donad vuestro descontento”. Antes bien, he tratado de decir que este descontento normal cuanto sano, puede encauzarse por la vía creadora de la acción directa no-violenta. Y ahora, he aquí que se califica de extremista este punto de vista.

Pero a pesar de que me desconcertó inicialmente que me llamaran extremista, conforme seguía pensando acerca del asunto, fue entrándome cierta satisfacción por la etiqueta. ¿Acaso no fue Jesús un extremista del amor?: “Amad a vuestros enemigos; perdonad a los que os maltratan; haced el bien a los que os odian y rezad por los que abusan maliciosamente de vosotros y os persiguen”. Y Amós, un extremista de la justicia: “Dejad que la justicia discurra como el agua y que la equidad corra como un inagotable manantial”. Y Pablo, un extremista del Evangelio cristiano: “Llevo en mi cuerpo las señales de nuestro Señor Jesucristo”. Y Martín Lutero, un extremista: “A lo dicho me atengo; no puedo obrar de otra manera: que Dios venga en mi ayuda”. Y John Bunyan: “Permanecería en la cárcel hasta el final de mis días antes que asesinar mi conciencia”. Y Abraham Lincoln: “Esta nación no puede sobrevivir esclava a medias y libre a medias”. Y Thomas Jefferson: “Para nosotros hay verdades evidentes, y una de ellas es que todos los hombres fueron creados iguales”. Así que el problema no estriba en saber si hemos de ser extremistas, sino en la clase de extremistas que seremos. ¿Llevaremos nuestro extremismo hacia el odio o hacia el amor? ¿Pondremos el extremismo al servicio de la conservación de la injusticia o de la difusión de la justicia? En la dramática escena del Gólgota fueron crucificados tres hombres. Nunca hemos de olvidar que los tres fueron crucificados por el mismo delito: el delito del extremismo. Dos de ellos eran extremistas de la inmoralidad, y por eso cayeron más bajo que el mundo que les rodeaba. El otro, Jesucristo, era un extremista del amor, de la verdad y de la bondad, y por eso se elevó por encima del mundo que le rodeaba. Bien podría ser que el sur, la nación y el mundo necesiten muchísimo de extremistas creadores.

Esperé que el blanco moderado se percatara de esta necesidad. Quizá pequé de excesivo optimismo; quizás fueran excesivas mis esperanzas. Supongo que debía haberme dado cuenta de que pocos son los miembros de la raza opresora capaces de comprender la profundidad de los gemidos y la pasión de los

deseos de la raza oprimida, y aún son menos los capaces de ver que la injusticia necesita ser extirpada mediante una acción poderosa, persistente y decidida. Estoy, sin embargo, agradecido con algunos de nuestros hermanos blancos del sur por haber captado el sentido de esta revolución social y haberse puesto a su servicio. Todavía son muy pocos en cuanto al número, pero grande es su calidad. Algunos, como, por ejemplo, Ralph McGill, Lillian Smith, Harry Golden, James McBride Dabbs, Ann Braden y Sarah Patton Boyle, han escrito acerca de nuestra lucha con palabras elocuentes y proféticas. Otros han marchado con nosotros por las calles anónimas del sur; se han consumido en cárceles sucias e infestadas de parásitos, sufriendo los insultos y los maltratos de policías para quienes ellos eran “despreciables negrazófilos”. Frente a lo que solían hacer sus hermanos y hermanas moderados, ellos reconocieron la urgencia de actuar y sintieron la necesidad de poderosos antídotos “activos” para combatir la enfermedad segregacionista.

Déjenme apuntarles otra razón fundamental de mi desencanto. ¡Cuán grande ha sido éste en lo que hace a la Iglesia blanca y a sus ministros! Ciertamente existen algunas excepciones notables. No desconozco el hecho de que cada uno de ustedes haya adoptado algunas actitudes significativas acerca del particular. Le aplaudo a usted, reverendo Stallings, por su actitud cristiana el domingo pasado, al dar la bienvenida a los negros en el oficio dominical, aceptando el principio de la integración. Aplaudo a los líderes católicos de este estado por haber integrado hace ya varios años el *Spring Hill College*.

Pero, aparte de estas importantes excepciones, tengo que reiterar honradamente que la Iglesia me ha defraudado. No lo digo como lo diría uno de esos críticos negativos que siempre saben encontrar algo equivocado en la Iglesia. Lo digo en mi calidad de ministro del Evangelio, que ama a la Iglesia; en mi papel de eclesiástico educado en su seno; que se ha sostenido gracias a sus bendiciones espirituales y que seguirá siendo leal mientras le quede un hálito de vida.

Cuando de pronto me vi lanzado al liderato de la protesta de los autobuses en Montgomery (Alabama), hace de esto unos años, pensé que gozaría del apoyo de la Iglesia blanca. Pensé que los ministros, sacerdotes y rabinos blancos del sur se contarían

entre nuestros más firmes aliados. Mas, he aquí que algunos de ellos han sido incluso enemigos, negándose a comprender el movimiento de la libertad y formándose una idea equivocada de sus líderes. En cuanto a los demás, han sido demasiados los que se han mostrado más precavidos que valientes y que han permanecido silenciosos detrás de la adormecedora seguridad de las piadosas vidrieras.

A pesar de ver quebrantados mis sueños, acudí a Birmingham con la esperanza puesta en que la dirección religiosa blanca de esta comunidad se percataría de la justicia de nuestra causa y haría, cumpliendo un profundo deber moral, de canal por el que podríamos encauzar nuestras justas quejas hacia las esferas del poder. Esperé que cada uno de ustedes comprendiera. Y de nuevo vino el desencanto.

He oído a muchos dirigentes religiosos del Sur aconsejar a sus feligreses que acatasen una sentencia integracionista porque así lo quería la ley. Pero hubiese querido oír a los eclesiásticos blancos declarar: "Acatad este decreto porque la integración es moralmente justa y porque el negro es vuestro hermano". En medio de las injusticias palmarias infligidas al negro, he visto a los ministros blancos de la religión permanecer al margen mientras formulaban frases piadosas que no hacían al caso y trivialidades mojigatas. En medio de la grandiosa contienda sostenida por librar a nuestra nación de la injusticia racial y económica, he oído a muchos ministros decir: "Son estos problemas sociales con los que el Evangelio no está realmente relacionado". Y he observado cómo varias iglesias se consagran a una religión diferente, de modo antibíblico, entre el cuerpo y el alma, lo sagrado y lo laico.

He viajado por todas partes en Alabama, Mississippi y todos los demás estados del sur. En bochornosos días de verano y en diáfanas mañanas otoñales, me he quedado mirando las bellas iglesias del sur con sus elevados campanarios apuntando al cielo. He visto las impresionantes siluetas de sus enormes instituciones dedicadas a la enseñanza confesional. Siempre acababa preguntándome: "¿Qué clase de personas viene aquí? ¿Quién es su Dios? ¿Dónde estaban sus voces cuando salieron de los labios del gobernador Barnett palabras de obstaculización y de anulación? ¿Dónde estaban cuando el gobernador Wallace tocó a

rebato dando la señal para desencadenar el odio y la provocación? ¿Dónde estaban sus palabras de apoyo cuando hombres y mujeres negros, magullados y cansados, decidieron abandonar las oscuras mazmorras de la complacencia y pasar a las luminosas colinas de la protesta creadora?”

Sí, sigo preguntándome todo esto. Profundamente desalentado, he llorado sobre la laxitud de la Iglesia. Pero sepan que mis lágrimas fueron lágrimas de amor. No cabe un profundo desaliento sino donde falta un amor profundo. Sí, amo a la Iglesia. ¿Cómo iba a no ser así? Me encuentro en la situación hartamente frecuente de ser hijo, nieto y bisnieto de predicadores. Sí, la Iglesia es para mí el cuerpo de Cristo. Mas, ¡ay!, cómo hemos envilecido y herido este cuerpo con la negligencia social y con el temor de convertimos en posibles miembros disconformes.

Hubo una época en que la Iglesia fue muy poderosa: cuando los cristianos primitivos se regocijaban de que se les considerase dignos de sufrir por sus convicciones. En aquella época, la Iglesia no era mero termómetro que medía las ideas y los principios de la opinión pública. Era más bien, un termostato que transformaba las costumbres de la sociedad. Dondequiera que un cristiano penetrase en una ciudad, las personas que entonces detentan las riendas del poder, se perturbaban e inmediatamente trataban de procesar a los cristianos por ser “perturbadores de la paz”, “agitadores forasteros”. Pero los cristianos no cedieron en su empeño, convencidos de que eran “una colonia celestial”, destinados a obedecer a Dios antes que al hombre. Su número era limitado, pero grande su entrega. Estaban demasiado ebrios de Dios para sentirse “astronómicamente intimidados”. Con su esfuerzo y su ejemplo pusieron fin a prejuicios tan remotos como el abominable infanticidio y los funestos combates de gladiadores.

En la actualidad todo ocurre de modo muy distinto. Y es que la Iglesia contemporánea es a menudo una voz débil y sin timbre, de sonido incierto. Es que a menudo es defensora a todo trance del *status quo*. En vez de sentirse perturbada por la presencia de la Iglesia, la estructura del poder de la comunidad se beneficia del espaldarazo tácito y aún, a veces, verbal, de la Iglesia a la situación imperante. Pero el juicio de Dios rige para la Iglesia más que nunca. Si la iglesia de hoy no recobra el espíritu de sacrificio de la Iglesia primitiva, perderá su auten-

ticidad, echará a perder la lealtad de millones de personas y acabará desacreditada como si se tratara de algún club social irrelevante, desprovisto de sentido para el siglo XX. Todos los días me encuentro con jóvenes cuyo desengaño por la actitud de la Iglesia se ha convertido en autentico asco.

Puede que esta vez también me haya pasado de optimista. ¿Acaso la religión está demasiado vinculada al *status quo* como para salvar a nuestra nación y al mundo? Es posible que tenga que polarizar mi fe en la Iglesia espiritual interior, en la Iglesia dentro de la Iglesia, como verdadera *eklesia* y esperanza del orbe. Pero agradezco nuevamente a Dios que algunas almas nobles de las filas de la religión organizada hayan roto las cadenas paralizantes del conformismo y se hayan unido a nosotros en calidad de asociados activos en la lucha por la libertad. Abandonaron sus tranquilas congregaciones y marcharon con nosotros por las calles de Albany. Han descendido por las autopistas del sur participando en unos “viajes de la Libertad”, por cierto sembrados de obstáculos. Sí, fueron a la cárcel con nosotros; algunos de ellos perdieron sus parroquias, quedaron sin el apoyo de sus obispos y de sus colegas eclesiásticos. Pero obraron creyendo que la razón derrotada puede más que la sinrazón triunfante. Su testimonio ha sido la sal espiritual que ha conservado el verdadero significado del Evangelio en estos tiempos de turbación. Han cavado un túnel de esperanza en la negra montaña del desconcierto.

Espero que la Iglesia en conjunto saldrá a la palestra en esta hora decisiva. Pero, aunque la Iglesia no acuda en ayuda de la justicia, no pierdo mis esperanzas acerca del futuro. No abrigo ningún temor acerca del resultado de nuestra lucha en Birmingham, aunque haya sido dada una interpretación equivocada de nuestros motivos. Alcanzaremos la meta de la libertad en Birmingham y en toda la nación, porque la meta de Norteamérica es la libertad. Por más que se nos insulte y se haga burla de nosotros, nuestro destino va unido al de Estados Unidos. Antes de que los peregrinos arribasen a Plymouth, estábamos aquí. Antes de que la pluma de Jefferson escribiera las majestuosas palabras de la Declaración de Independencia en las páginas de la historia, estábamos aquí. Durante más de dos siglos, nuestros antecesores trabajaron en este país sin cobrar salario alguno;

hicieron rey al algodón; edificaron las mansiones de sus amos mientras sufrían una injusticia flagrante y padecían una humillación abyecta y, sin embargo, gracias a una vitalidad sin límites, siguieron progresando y multiplicándose. Si las inenarrables crueldades de la esclavitud no pudieron detenernos, menos podrá hacerlo la oposición que tenemos ahora frente a nosotros. Conquistaremos nuestra libertad porque el sagrado legado de nuestra nación y la eterna voluntad de Dios están plenamente integrados en nuestras exigencias.

Antes de terminar, me siento obligado a citar otro punto de la declaración hecha por ustedes que me ha turbado profundamente. Aplaudieron ustedes con calor a la policía de Birmingham por mantener “el orden” y “prevenir la violencia”. Dudo que aplaudiesen tan fervorosamente a la fuerza policiaca de haber visto a sus perros hincar sus colmillos en negros inermes, no violentos. Dudo que aplaudiesen con tanto fervor a los policías de haber observado el horrible e inhumano trato que deparan a los negros aquí, en la cárcel de la ciudad; si los vieran empujar e insultar a las ancianas negras y a las muchachas negras; si los vieran abofetear y golpear a los viejos y a los muchachos negros; si observaran cómo –según hicieron en dos ocasiones– se negaban a darnos de comer porque queríamos cantar para bendecir la mesa juntos. No puedo unirme a ustedes en su alabanza a la policía de Birmingham.

Es cierto que la policía ha demostrado cierta capacidad de disciplina en su trato a los manifestantes. En este sentido, se han comportado más bien de modo “no-violento” en público. Pero, ¿por qué? Para preservar el perjudicial sistema de la segregación. Durante los últimos años he predicado sin cesar que la no-violencia requiere que los medios de que nos valemos sean tan puros como las metas que nos proponemos alcanzar. He tratado de dejar claramente establecido que está mal valerse de medios inmorales para lograr fines morales. Pero ahora he de afirmar que tan mal está, y quizás aún sea peor, valerse de medios morales para la consecución de fines inmorales. Es posible que el señor Connor y sus policías se hayan mostrado más bien no-violentos en público como hiciera el jefe de policía Pritchett en Albany (Georgia), pero han utilizado los medios morales que les brinda la no-violencia para mantener la meta inmoral de la

injusticia racial. Como dijera el gran escritor T. S. Eliot: “La última tentación es la mayor de las traiciones: obrar bien por malos motivos”.

Hubiera preferido que aplaudieran a los negros que participaban en los plantones y en las manifestaciones de Birmingham, rindiendo así homenaje a su valor sublime, a su aceptación del martirio y su increíble disciplina ante tamaña provocación. Algún día reconocerá el sur cuáles son sus verdaderos héroes. Se citarán a los James Meredith, con el noble sentido de la misión propia que les arma para enfrentarse a muchedumbres vociferantes y hostiles, y con esa oprimente sensación de soledad que caracteriza la vida del pionero. Se citarán las mujeres negras oprimidas, de edad proveya, desgastadas, simbolizadas por aquella anciana de setenta y dos años que en Montgomery (Alabama) se alzó, movida por su sentido de la dignidad, y decidió con los suyos no viajar más en autobuses segregados, y que respondió con espontánea profundidad a alguien que le preguntaba acerca de su cansancio: “Tengo los pies cansados, pero mi alma descansa”. Se hablará de los jóvenes alumnos de los institutos y de los estudiantes universitarios; de los jóvenes ministros del Evangelio y de toda una pléyade de sacerdotes mayores que ellos, que se sientan en las secciones alimenticias de los almacenes, valientemente y adhiriéndose a la no-violencia, a la vez dispuestos a ingresar en la cárcel porque así se lo pide su conciencia. Llegará el día en que el sur se entere de que, cuando aquellos hijos desheredados de Dios se sentaban en los *snack-bar* de las galerías, de hecho estaban defendiendo lo mejor del sueño norteamericano y los valores más sagrados de nuestro legado judeocristiano, reconduciendo así nuestra nación a los grandes pozos de la democracia, profundamente cavados por los padres de la nación norteamericana en su formulación de la Constitución y de la Declaración de la Independencia.

Nunca antes de ahora escribí una carta tan larga. Me temo que sea demasiado larga, tomando en cuenta lo cargados que están sus horarios. Les aseguro que hubiese sido mucho más corta de haber sido escrita detrás de un cómodo despacho, pero, ¿qué puede hacer uno cuando está solo en una estrecha celda de la prisión, como no sea escribir largas cartas, desentrañar profundos pensamientos y rezar interminables oraciones?

Si hay en esta carta algo que exagera la verdad e indica una impaciencia poco razonable, les pido que me perdonen por ello. Si hay en ella algo que minimiza la verdad e indica que es tanta mi paciencia que me conformo con algo menor que la fraternidad, pido a Dios, sinceramente, que me perdone.

Espero que esta carta los encuentre firmes en su fe. Espero también que las circunstancias me permitan no tardar mucho en reunirme con cada uno de ustedes no como integracionista ni como líder del movimiento de los derechos civiles, sino en calidad de eclesiástico y de hermano cristiano. Esperemos todos que los oscuros nubarrones del prejuicio racial se alejen pronto y que la densa niebla de la interpretación torcida se aparte de nuestras comunidades presas de miedo, y que algún día no lejano las refulgentes estrellas del amor y de la fraternidad iluminen nuestra nación con toda su deslumbrante belleza.

Me despido de ustedes, quedando suyo en la causa de la paz y la fraternidad.

16 de abril de 1963
Martin Luther King

Peregrinación a la no-violencia

DURANTE EL ÚLTIMO curso en el seminario de teología leí diversas teorías teológicas con gran entusiasmo. Como había sido criado en una tradición más bien estricta, fundamentalista, recibí un gran *shock* cuando mi viaje intelectual me condujo a través de áreas doctrinales nuevas, y, la mayoría de las veces, complejas; sin embargo, fue una peregrinación siempre estimulante, que me dió una nueva apreciación de las consideraciones objetivas y análisis críticos, y me obligó a despertar de mi adormilado dogmatismo.

El liberalismo me proporcionó una satisfacción intelectual que no había encontrado nunca en el fundamentalismo. Me sentía tan entusiasmado con los puntos de vista liberales, que casi caí en la trampa de aceptar sin discusión todo lo que englobaban. Estaba completamente convencido de la bondad natural del hombre y del poder natural de la razón humana.

I

AL COMENZAR A SOMETER a crítica algunas de las teorías que se habían asociado a la teología que se definía a sí misma como liberal se produjo un cambio básico en mi mentalidad. Es evidente que existen aspectos del liberalismo que pienso acatarlos siempre: su devoción por la búsqueda de la verdad, su insistencia en un espíritu de apertura y análisis, y su negativa a abandonar los caminos de la razón. La aportación del liberalismo a la crítica filológico-histórica de la literatura bíblica ha tenido un valor inconmensurable y debería ser defendida con pasión religiosa y científica.

Sin embargo, empecé a poner en duda la doctrina liberal sobre el hombre. Cuanto más observaba las tragedias de la historia y la vergonzosa inclinación del hombre a escoger el camino bajo, más cuenta me daba del abismo y la fuerza del pecado. La lectura de las obras de Reinhold Niebuhr me obligó a tomar conciencia de la complejidad de los motivos humanos y de la realidad del pecado en todos los niveles de la existencia del hombre y la evidentiísima realidad del mal colectivo. Comprendí que el liberalismo había sido excesivamente sentimental respecto a la naturaleza humana y que se inclinaba hacia un falso idealismo.

También me di cuenta de que el superficial optimismo del liberalismo respecto a la naturaleza humana pasaba por alto el hecho de que la razón está oscurecida por el pecado. Cuanto más pensaba en la naturaleza humana, más cuenta me daba de que nuestra trágica inclinación al pecado nos animaba a racionalizar nuestras acciones. El liberalismo no puede evidenciar que la razón, por sí sola, sea algo más que un instrumento para justificar en el hombre sus formas defensivas de pensar. La razón, desprovista del poder purificador de la fe, no puede desligarse de las deformaciones y racionalizaciones.

A pesar de que repudiaba algunos aspectos del liberalismo, no llegué nunca a una total aceptación de la neo-ortodoxia. A pesar de considerar la neo-ortodoxia como un correctivo útil para el liberalismo sentimental, comprendí que no proporcionaba una respuesta adecuada a los problemas fundamentales. Si el liberalismo era demasiado optimista respecto a la naturaleza humana, la neo-ortodoxia era demasiado pesimista. No solamente por lo que se refiere al tema del hombre, sino también a otros puntos vitales, la revuelta de la neo-ortodoxia iba demasiado lejos. En sus intentos por preservar la trascendencia de Dios, comprometida por la excesiva importancia que se concedía en el liberalismo a la inmanencia, la neo-ortodoxia caía en el otro extremo al insistir en un Dios oculto, desconocido, totalmente “diferente”. Al rebelarse contra la exaltación del poder de la razón en el liberalismo, la neo-ortodoxia caía en una postura mental de antirracionalismo y semifundamentalismo, subrayando un bibliocismo estrecho y nada crítico. Esta concepción me parecía inadecuada tanto para la Iglesia como para la vida personal.

De forma que, aunque el liberalismo me dejaba insatisfecho en lo que respecta a la cuestión de la naturaleza del hombre, no encontré refugio en la neo-ortodoxia. Ahora estoy convencido de que la verdad sobre el hombre no se encuentra en el liberalismo ni en la neo-ortodoxia. Ambos representan una verdad parcial. Un importante sector del liberalismo protestante definía al hombre sólo según su naturaleza esencial, según su capacidad para el bien; la neo-ortodoxia tiende a definir al hombre según su naturaleza existencial, su capacidad para el mal. Una adecuada comprensión del hombre no la encontraremos ni en la tesis del liberalismo ni en la antítesis de la neo-ortodoxia, sino en una síntesis que reconcilie la verdad de ambas posiciones.

A medida que transcurrían los años, fui adquiriendo una nueva apreciación de la filosofía del existencialismo. El primer contacto con esta filosofía me llegó a través de la lectura de Kierkegaard y de Nietzsche. Más tarde me decanté hacia un estudio de Jaspers, Heidegger y Sartre. Estos pensadores estimularon mi reflexión; a pesar de que estudiaba a todos, llegué a aprender mucho estudiándolos. Cuando, finalmente, empecé a hacer un estudio serio de las obras de Paul Tillich, me convencí

de que el existencialismo, a pesar de haberse puesto demasiado de moda, había proclamado algunas verdades básicas sobre el hombre y su condición que no podemos pasar por alto de forma sistemática.

La comprensión de la “libertad limitada” del hombre es una de las aportaciones permanentes del existencialismo, y su percepción de la angustia y del conflicto que en la vida personal y social del hombre se producen en razón de la peligrosa y ambigua estructura de la existencia toma una especial significación en estos tiempos. El existencialismo teístico y el ateo tienen en común que la situación existencial del hombre queda alejada de su naturaleza esencial. En su rebelión contra el esencialismo de Hegel, todos los existencialistas argumentan que el mundo está fragmentado. La historia es una sucesión de conflictos inconciliables, y la existencia del hombre está llena de angustia y aterrada por la falta de sentido. Así pues, aunque la respuesta definitiva no se encuentra en ninguna de las aserciones existencialistas, el teólogo puede describir bastante bien el verdadero estado de la existencia del hombre aprovechando elementos que figuran en las referidas aserciones.

Aunque haya aplicado la mayor parte de mi tiempo al estudio de la teología y la filosofía sistemáticas, me he ido interesando cada vez más por la ética social. Durante mi primera adolescencia estaba muy interesado por el problema de la injusticia racial. Consideraba que la segregación era inexplicable racionalmente, y moralmente injustificable. No pude consentir nunca tener que sentarme en los últimos asientos de un autobús o en un compartimiento o sección segregada en un tren. La primera vez que, en un vagón restaurante, tuve que sentarme detrás de una cortina, fue como si aquella cortina hubiese caído encima de mi personalidad. También aprendí que la hermana gemela e inseparable de la injusticia racial es la injusticia económica. Vi cómo los sistemas de segregación explotaban tanto a los negros como a los blancos desposeídos. Estas primeras experiencias me hicieron tomar conciencia de las diversas injusticias que existen en nuestra sociedad.

II

SIN EMBARGO, HASTA que ingresé en el seminario teológico no inicié una búsqueda intelectual seria de un método que eliminase el mal social. Inmediatamente fui influido por el evangelio social. Al comenzar la década de los cincuenta, leí *Cristianismo y crisis social*, de Walter Rauschenbusch, libro que dejó una huella indeleble en mi pensamiento. Naturalmente, en algunos puntos difería de Rauschenbusch. Me daba cuenta de que fue una víctima del “culto al progreso inevitable” del siglo XIX, que le dejó un optimismo inmoderado sobre la naturaleza humana. Además, tendía peligrosamente a identificar el Reino de Dios con un sistema social y económico determinado, tentación en la que nunca debe caer la Iglesia. Pero, a pesar de aquellos fallos, Rauschenbusch proporcionó al protestantismo americano un sentimiento de seguridad social que ya no había de perder nunca. El Evangelio trata del hombre total, no solamente de su bienestar espiritual, sino también del bienestar material. Una religión que tiene una preocupación por las almas de los hombres, pero que no se preocupa de los barrios de barracas, las condiciones económicas asfixiantes y las condiciones sociales paralizadoras, es una religión espiritualmente moribunda.

Después de leer a Rauschenbusch, pasé a un estudio detallado de las teorías sociales y morales de los grandes filósofos. Durante este período casi me había desengañado del poder del amor para resolver los problemas sociales. Los filósofos que proponen ofrecer la otra mejilla y amar a los enemigos son válidos, pensaba, sólo cuando unos individuos están enfrentados a otros; ahora, cuando grupos raciales o naciones entran en conflicto, hace falta un método más realista.

Entonces empecé a penetrar en la vida y la doctrina del Mahatma Gandhi. A medida que iba leyendo sus obras, me iba sintiendo profundamente fascinado por sus campañas de resistencia pacífica. Su concepto de *satyagraha* (*satya* es la verdad que equivale al amor, y *graha* es la fuerza; por tanto, *satyagraha* significa “verdad-fuerza”) me resultaba fundamentalmente significativo. A medida de que penetraba en la filosofía de Gandhi, mi escepticismo respecto al poder del amor decrecía gradualmente, y por primera vez me di cuenta de que la doctrina cristiana del amor, actuando a través del método gandhiano de la no-violencia, es una de las armas más potentes de las que dispone un pueblo oprimido en la lucha por la libertad. Sin embargo, en aquella época sólo adquirí una comprensión y una estimación intelectual de aquella postura, y no tenía ninguna determinación firme de organizarla en una situación socialmente efectiva.

Cuando en 1954 llegué como pastor a Montgomery, Alabama, no tenía la más mínima idea de que más tarde me iba a encontrar involucrado en una crisis en la que sería aplicable la resistencia pacífica. Después de vivir un año en aquella comunidad, comenzó el boicot a los autobuses. Los negros de Montgomery, aplastados por las humillantes experiencias que habían tenido que soportar constantemente en los autobuses, expresaron en un acto de no cooperación en masa su determinación de ser libres. Se dieron cuenta de que, en último término, era más honorable caminar dignamente por las calles que subir a los autobuses para ser humillados. Cuando empezó la protesta, la gente vino a buscarme para que fuera su portavoz. Al aceptar esta responsabilidad, mi espíritu, consciente o inconscientemente, se volvió hacia el Sermón de la Montaña y el método gandhiano de la resistencia pacífica. Este principio se convirtió en la luz que guiaría nuestro movimiento. Cristo proporcionaba el espíritu y la motivación, y Gandhi el método.

La experiencia de Montgomery sirvió para aclarar mi pensamiento respecto a las cuestiones de la no-violencia mejor que todos los libros que había leído. A medida que transcurrían los días me fui convenciendo cada vez más del poder de la no-violencia. La no-violencia se convirtió en un método al cual yo aceptaba intelectualmente; se convirtió en un compromiso de

un estilo de vida. Muchos puntos que no había podido resolver intelectualmente respecto a la no-violencia se aclaraban ahora en el terreno de la acción práctica.

La suerte de poder viajar a la India me produjo un gran impacto; era estimulante constatar directamente los asombrosos resultados de una lucha no-violenta para conseguir la independencia. El residuo del odio y el rencor que son, de ordinario, las secuelas de una campaña violenta, no podía encontrarse en ningún lugar de la India, y entre los ingleses y los indios integrados en la Commonwealth existía una amistad mutua basada en la completa igualdad.

No quisiera dar la impresión de que la no-violencia va a producir milagros. Los hombres no se separan fácilmente de sus rutinas mentales, ni son liberados de sus prejuicios o sentimientos irracionales. Cuando los desposeídos piden libertad, los privilegiados empiezas reaccionando dura y tenazmente. No obstante, cuando las demandas se presentan en términos no-violentos, la reacción inicial es sustancialmente la misma. Estoy convencido de que muchos de nuestros hermanos blancos de Montgomery y de todo el Sur están aún resentidos contra los dirigentes negros, a pesar de que estos dirigentes hayan procurado seguir un camino de amor y de no-violencia. Pero el método no-violento conmueve los corazones y las almas de los que se consagran a él. Les da un nuevo respeto a sí mismos. Recurre a reservas de fuerza y valor que ni ellos mismos creían poseer. Finalmente, emociona de tal forma la conciencia del adversario, que la reconciliación se convierte en una realidad.

III

MÁS RECIENTEMENTE HE visto muy claro la necesidad del método de la no-violencia en las relaciones internacionales. Aunque no estaba completamente convencido de la eficacia de la guerra en conflictos entre naciones, presentía que, aunque no podía ser nunca un bien positivo, podían servir como bien negativo para impedir la proliferación y el crecimiento de la fuerza del mal. La guerra, aun siendo horrible, era preferible a la rendición a un sistema totalitario.

Pero ahora creo que la poderosa fuerza destructora de las armas actuales elimina totalmente la posibilidad de que la guerra sirva para conseguir un bien negativo. Si partimos de la base de que la humanidad tiene derecho a sobrevivir, tendremos que encontrar una alternativa a la guerra y a la destrucción. En la era de los vehículos espaciales y proyectiles balísticos dirigidos, la elección está entre la no-violencia y la no-existencia. No soy pacifista doctrinario, pero he abrazado un pacifismo realista que entiende que la posición pacifista es, dadas las circunstancias, el mal menor. No pretendo verme libre de los dilemas morales con que tropieza el no-pacifista cristiano, pero estoy convencido de que la Iglesia no puede permanecer callada mientras la humanidad se enfrenta a la amenaza de la aniquilación nuclear. Si la Iglesia es fiel a su misión, debe pedir que se ponga fin a la carrera de armamentos.

Mis sufrimientos personales me han enseñado a modelar mi pensamiento. Siempre vacilo antes de hacer referencia a estas experiencias por miedo a producir el efecto contrario. Una persona que constantemente llama la atención sobre sus desventuras y sufrimientos corre el peligro de provocarse un complejo de mártir y causar en los demás la impresión de que busca condo-

lencia. Es posible que quien habla de su sacrificio se incline por el egoísmo. Por eso tengo una cierta aprensión a referirme a mis sacrificios personales. Pero en cierta manera me siento justificado por citarlos en este ensayo en razón de la influencia que han ejercido en mi pensamiento.

A causa de la consagración a la lucha por la libertad de mi gente, he conocido pocos días plácidos durante estos últimos años. He estado encarcelado en Alabama y en Georgia doce veces. Dos veces han arrojado bombas contra mi casa. Apenas pasaba día sin que mi familia o yo seamos objeto de amenazas de muerte. He sido víctima de un apuñalamiento casi fatal. Así, en un sentido real he sido acosado por las tempestades de la persecución. He de confesar que, a veces, he tenido la impresión de que no podría soportar por más tiempo un fardo tan pesado y me he sentido tentado a retirarme a una vida más tranquila y serena. Pero cada vez que me asaltaba aquella tentación, algo fortalecía mi decisión. Ahora sé que la carga del Maestro es ligera precisamente porque nosotros aceptamos el yugo.

Mis pruebas personales me han enseñado también el valor del sufrimiento inmerecido. A medida que aumentaban los sufrimientos, me daba cuenta de que existían dos formas de afrontar la situación: o reaccionar con acritud, o intentar transformar el sufrimiento en fuerza creadora. Elegí el segundo camino. Reconociendo la necesidad del sufrimiento, he intentado convertirlo en una virtud. Aunque sólo fuera por salvarme del rencor, he buscado la forma de considerar mis angustias personales como una oportunidad para transformarme y cuidar de la gente involucrada en la trágica situación en que se encuentran. Estos últimos años he vivido en la convicción de que el sufrimiento inmerecido redime. Algunos creen todavía que la Cruz es un obstáculo a superar, otros la consideran una locura; pero yo estoy más convencido que nunca de que es el poder de Dios aplicado a la salvación social e individual.

De manera que, como el apóstol Pablo, puedo decir humildemente, pero con legítimo orgullo: "Llevo en mi corazón las señales del señor Jesús". En los angustiosos momentos de estos últimos años también me he acercado más a Dios. Estoy más convencido que nunca de la realidad de un Dios personal. Es cierto que también creo en su personalidad. Pero antes la idea

de un Dios personal era poco más que una categoría metafísica que consideraba teológica y filosóficamente satisfactoria. Ahora es una realidad viviente que se ha hecho válida en las experiencias de la vida diaria. Dios ha sido profundamente real para mí en estos años. En medio de los días solitarios y las noches espantosas, he sentido una voz interior que decía: “Valor, estaré contigo”. Cuando las cadenas del miedo y las esposas de la frustración han puesto a prueba mis esfuerzos, he sentido el poder de Dios transformando la fatiga de la desesperanza en la plenitud de la esperanza. Estoy convencido de que el universo está sometido al control de un propósito de amor, y de que, en la lucha por el derecho, el hombre tiene una compañía cósmica.

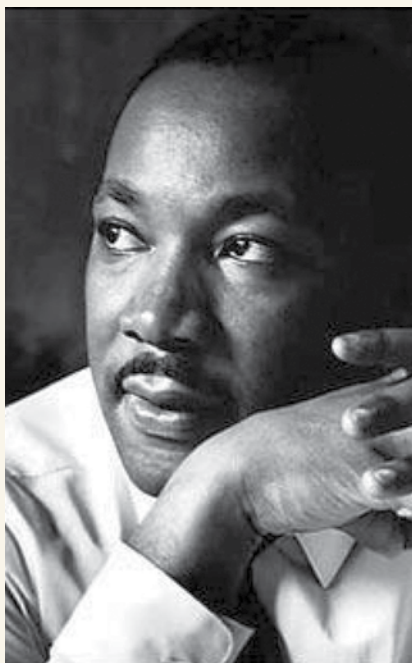
Detrás de las ásperas apariencias del mundo hay un poder benigno. Decir que este Dios es personal no es convertirlo en un objeto finito junto a los demás objetos, o atribuirle las limitaciones de la personalidad humana; es escoger lo más noble y excelso de nuestra conciencia y afirmar que existe perfectamente en Él. Es cierto que la personalidad humana es limitada, pero como tal personalidad no comporta limitaciones necesarias. Significa simplemente autoconciencia y autodirección. Así pues, en el más puro sentido de la palabra, Dios es un Dios vivo. En Él hay un sentimiento y voluntad del corazón humano; este Dios convida a la plegaria y al mismo tiempo responde.

La última década ha sido verdaderamente apasionante. A pesar de las tensiones e incertidumbres de este periodo, sucede algo verdaderamente significativo. Mueren los viejos sistemas de explotación y opresión; nacen nuevos sistemas de justicia e igualdad. En este sentido real, es una gran época para los que la vivimos. Consiguientemente, no he perdido la esperanza en el futuro.

Admito que el optimismo superficial de ayer es imposible. Admito que nos enfrentamos con una crisis mundial que nos abandona al creciente murmullo del mar inquieto de la vida. Pero todas las crisis tienen sus peligros y sus oportunidades. Tanto puede representar la salvación como la condenación. En un mundo oscuro, confuso, el reino de Dios puede todavía imperar en el corazón de los hombres.

Tengo un sueño y otros textos, de Martin Luther King, se terminó de imprimir en diciembre de 2014 en los talleres de Amaquemecan. La edición consta de 1000 ejemplares impresos sobre papel *cultural* de 90 gramos; en su composición se utilizaron tipos Berkeley Oldstyle de 10 y 14 puntos

Martin Luther King



Frente a miles de personas, el 28 de agosto de 1963, desde las escaleras del monumento a Lincoln, en Washington, al finalizar una histórica manifestación por el trabajo y la libertad, Martin Luther King pronunció uno de los discursos políticos más emblemáticos en pro de los derechos civiles, que lleva por título *I have a dream* (“Tengo un sueño”), contribuyendo de un modo significativo a cambiar la perspectiva sobre el racismo.

La intensidad de las palabras de Luther King, presente también en otros textos incluidos en esta edición (*Carta desde la cárcel de Birmingham* y *Peregrinación a la no-violencia*), tocan las fibras internas de una lucha exitosa, que se valió de la no violencia como su método principal de acción. Al leerlo, la emoción invadirá al lector porque sus ideas transforman la realidad que tocan y la conducen hacia el horizonte de la justicia, ese horizonte tan anhelado en la actualidad.



Roberto Ochoa

Licenciado en Derecho y Maestro en Filosofía Política. Autor de *Muerte al Leviatán. Principios para una política desde la gente*. Miembro del consejo editorial de las revistas *Ixtus* y *Conspiratio*. Promotor de círculos de estudio y coordinador del Primer Coloquio Internacional sobre el pensamiento de Iván Illich. Activista miembro del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad en México. Actualmente, se desempeña como director de Derechos Civiles en la UAEM.